



POR su situación en un espacioso descampado, y recibiendo de lleno la brisa y la luz de la bahía, era éste uno de los parques más frescos e higiénicos de la ciudad, sino el más concurrido, por su alejamiento del centro de la misma. Todavía por mucho tiempo se entenderá como la Habana verdadera—y hasta el presente, la única—la gran plaza limitada por el teatro Nacional y el Centro Gallego; la Acera del Louvre; el Capitolio; el teatro Payret; el Centro Asturiano; los edificios del antiguo café Central y el que fué del Unión Club; y en la esquina de Prado, el ya desaparecido café Alemán. Hoy el Parquecito de la Punta ha desaparecido, desalojado por los canteros que han de formar en definitiva los jardines, aun en proyecto, del Malecón de la Bahía, y después de experimentar en un largo período de años las más variadas y completas transformaciones, según el gusto de los distintos alcaldes que en ese tiempo gobernaron nuestro Municipio, entre otros, Corujedo, Miguel Díaz, Segundo Alvarez, que tanto se preocupó por el embellecimiento de los paseos y jardines con que contaba entonces la Habana, Campo de Marte, Carlos III, etc., el doctor La Torre, Gener y otros.

Sobre el año 1887 era uno de los rinconcitos más atrayentes de la Habana, aquel Parquecito de la Punta. Acababa de experimentar una de aquellas transformaciones a que nos hemos referido; y estaba que era un encanto con sus arriates sembrados de vistosas flores y plantas raras, sus fuentejillas con sus rumorosos surtidores, sus bancos limpios y cómodos, sus enarenados senderos sobre los que caía la grata sombra de los flamboyanes y los álamos, cuando ocurrió, allá por el citado año 87, en la explanada de la Punta, el agarrotamiento del bandolero Machín; y en un



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

rapto de pánico sufrido por la enorme multitud que contemplaba el repulsivo espectáculo, en los momentos de subir aquel desdichado al patíbulo fué arrasado el parque por completo, al cruzar sobre él, como un enfurecido huracán, la desorbitada muchedumbre. Las rejas y enverjados fueron torcidos y arrancados como por las manos de una caterva de enloquecidos gigantes; tronchados de cuajo los arbustos; segadas las fores; rotas las fuentes, cuyas aguas corrían como desbordados arroyos por los alrededores; deshechos los bancos, pulverizadas las estatuitas y los adornos; doblados y retorcidos los postes del alumbrado público: una tromba, cayendo sobre un pueblo, no hubiera causado mayores daños, ni dejado a su paso desolación más espantosa como la que se advertía al día siguiente en el indefenso parquecito. Bien es verdad que a los pocos meses, gracias a las atenciones y cuidados de la autoridad municipal existente entonces, volvía a surgir limpio, vistoso y atrayente como de costumbre. Hay lugares en todas las poblaciones a los que diríase que los favorece la gracia de Dios; en cambio, otros gimen eternamente bajo la maldición del mismo Diablo como, a pesar de su nombre, le sucede al Parque del Cristo, que nunca valió nada; y continúa valiendo menos cada día...

Una de las reformas más radicales y completas llevadas a cabo en el parquecito de la Punta, tuvo lugar durante la administración municipal del Alcalde señor Miguel Díaz, allá por el año 1890, después del desastre del 87 que hemos referido. Se abrieron y replantaron nuevos canteros; se sembraron nuevos flamboyanes y se levantaron los que habían sido desplazados por el pánico que causó el agarrotamiento de Machín; se construyeron nuevos bancos, más grandes y cómodos que los antiguos; se instalaron nuevas fuentecillas con sus correspondientes surtidores de mayor potencia y abundancia de agua que las que antes existían; se defendieron los cuartones y todo el límite del parque con altas y tupidas cercas de «cardon», que casi lo cubrían de las miradas exteriores; se le dotó de mayor número de focos voltaicos; y en el centro se construyó una poética y confortable casita a la criolla, de techo de teja y portal, destinada al guarda-parque; ;y amplia y capaz para albergar una familia si la tuviese, nombrándose, en fin, un celoso guardador, cuya presencia ahuyentó el enjambre de las equívocas parejas amorosas y «habitantes de la luna» que habían establecido allí sus dominios, siendo en cambio visitado de continuo por muchas gentes de orden, ávidas de conocer las reformas allí llevadas a cabo y de las que se hablaba con encomio en toda la Habana, hasta que, pasado por los primeros impulsos de la curiosidad, volvió a adquirir el poético rinconcito habanero su ambiente apacible y su aspecto humilde y recatado de siempre.



Habitaba la linda casita del guarda-parque, el que lo habia sido nombrado recientemente por el señor Alcalde, don Indalecio Esteban, en compañía de su esposa doña Isabelita Hernández, con sus dos hijos de nueve y siete años, Eugenio y Margarita. El nuevo guardador del Parqucito de la Punta lo cuidaba y atendía amoroso, como si se tratase de cosa suya. En poco tiempo se cubrieron los jardines de bellos y fragantes rosales, de lindas flores, de coposos flamboyanes en cuyas ramas vivían un mundo de golondrinas, gorriones, bigiritas, negritos, tojosos, tomeguines, mayitos, sunsunes y demás pajarillos callejeros; y desde las seis de la mañana, hasta las cuatro de la tarde, en medio de su alegre piar continuo, oíase también la canturia de varias voces infantiles que aprendían las oraciones del catecismo, y los secretos de la tabla de multiplicar:

**Santa María
madre de Dios**

.....
**Padre nuestro
que estás en los cielos.**

Y dándole a la pronunciación toda la sonoridad y el énfasis a que la frase se prestaba:

**¡Cinco por cinco
veinte y cinco!**

.....
**¡Cinco por siete
treinta y cinco!**

.....
**¡Cinco por once
cincuenta y cinco!**

.....
**¡Cinco por doce
Sesenta!**

canturria de la que llevaban todos el compás con los pies dando sobre el suelo, y fungiendo de director, con una regla en son de batuta, una alumna, o alumno de los mayores.

La casita del guarda-parque se había convertido en una escuelita de primeras letras, a la que asistían los niños pobres de la barriada; aquellas escuelitas particulares que tanto abundaban entonces, y de las que, por lo general, siempre eran directoras—vamos al decir—alguna buena viejecita de grandes espejuelos de plata y bata blanca de percal, que solía llamarse Doña Chucha, Doña Ignacita, Doña Emerenciana, o alguna pobre y virtuosa viuda que se ayudaba con aquellos modestos emolumentos—cincuenta centavos; cuando más, un peso al mes por alumno—conocida por la señora de Pérez, la señora de López, la señora de Gutiérrez, etc.

¡Cómo les intrigaba a los niños de aquella época



ca el Ch-u: Chu; Ch-a, Cha; y el reloj de Ignacio; y Domingo Fritura; y el negro Briche; y la Reina que quería Maguey de Guaicanamar; y el guao de Guanabacoa; y aquellos pajaritos en ringeras para determinar los días, de la cartilla de don José María de la Torre, del brazo de la cual entraron en el templo del saber, y algunos en el de la gloria, los hombres más eminentes de Cuba de aquellos tiempos...

De los catorce o diez y seis alumnos de ambos sexos que tenía la escuelita de Don Indalecio y su esposa, en su mayoría eran hijos de los empleados de las oficinas de la Cárcel y el Presidio, allí próximos; de varios patronos de goletas y viveros avecinados en las calles cercanas a la Puntilla; de los dueños de los modestos establecimientos radicados en aquel centro humilde y apartado de la ciudad. Entre otros que luego pasaron a colegios de mayor importancia, y de salto en salto y por escalafón, al Instituto y a la Universidad, se recuerda, entre otros, los hijos de don Ignacio Pérez, encargado de los Fosos Municipales; a los hermanos Carlos y Joaquinita Bauzá; Lino y Nena Segarra; y Juanito Miari, hijo de don Alfonso Miari, aquel conocido profesor de flauta, copartícipe de los aplausos que en los arpegios, florituras y escalas de Traviata, Lucia y Fausto, se les tributaban en Tacón y Payret a las tiples que nos traían Grau y Sieni, en sus inolvidables temporadas de óperas; alumnos venturosos que tenían para su solaz e higiene—para ellos solos—las avenidas del Parquecito de la Punta; sus cómodos asientos; su ambiente saturado del perfume de sus jardines plenos de bellas flores y delicados clave'es; la sombra y el rumor de sus árboles: sin duda la escuelita más higiénica y pintoresca de la Habana...

No creemos que atesoraran mayores encantos que este Parquecito de la Punta los jardines de Platon y de Epicuro, personajes que la incipiente cultura de los moradores de aquel rincón iría a buscar, con seguridad, en la interminable lista de los santos y mártires cristianos.

Pero los alumnos se hicieron hombres; y los maestros se hicieron viejos; y la escuelita y el parque, sino arrasados como en 1887, poco a poco fueron cediendo su puesto ante el empuje de la vida; y sabido es que cuando se echan a un lado hombres y cosas, para «dejar hacer»—laissez faire—al cabo se anulan; y desaparecen por completo.



5

Uno de los parques relativamente más pequeños de París, y el más apacible y pintoresco, y que con más cariño visitan los verdaderos parisienses, no obstante estar un poco retirado del centro de la ciudad, es el Parque Monceaux, donde entre flores, grutas y fuentecillas rumorosas se levantaban los monumentos a Guy de Maupassant, a Gounod, a Thomas, a Chopin, etc. Algo de ese encanto y atractivo tenía también para los habaneros aquel Parqucito de la Punta, en medio del cual, en su día, y a gestiones del doctor Raimundo Cabrera, le erigió la República Cubana un monumento a su glorioso educador don José de la Luz y Caballero. Sus patrióticas doctrinas no se habrían seguido todo lo al pie de la letra que él hubiera deseado; pero su noble figura sirvió para revivir y perpetuar el recuerdo de aquellos humildes maestros de escuelas que, como don Indalecio y su esposa doña Isabelita, difundieron la enseñanza en Cuba, sin otra ambición que la de servir a la patria; ni otra gloria, que la de haber sembrado, por medio de la cultura, el amor y la tolerancia entre los hombres.

Don
dic 4/39.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA